

perencia le podrá servir en esta jornada, y sobre mi conciencia, la fiara del Adelantado mayor de Castilla con los consejeros que el marqués tenía, y él podría sacar esta Armada y llevarla á juntarla con la de Lisboa, y tengo mucha certeza que el Adelantado será ayudado de Nuestro Señor, porque es muy cristiano y amigo de que se haga razón, y tiene noticia mucha de mar, y se halló en la batalla naval, y de tierra tiene mucha plática.»

«Esto es lo que puedo responder á vuestra merced á su primera carta, con llaneza y verdad que debe tractar quien tiene las prendas que yo. Y así entiendo que Su Majestad, por lo que es su grandeza, me hará merced, como humildemente se lo suplico, de no encargarme cosa de que ciertamente sé que no he de dar buena cuenta, porque no lo sé ni lo entiendo, ni tengo salud para la mar ni hacienda que gastar en ella...»

«Entiendo que con lo que represento á S. M. no se servirá que yo lleve la jornada, porque estoy imposibilitado de hacerla por tantas causas como he dado, y así no respondo lo que vuestra merced me pregunta del abrigo desta costa, pues quedaré yo en ella para esto y lo que se ofreciese del servicio de S. M., como siempre lo he hecho.»

«El secreto se ha guardado como vuestra merced me manda y encarga, y despacho este correo luego porque se entienda lo que digo en todo este caso, habiéndole encomendado mucho á Nuestro Señor, que guarde á vuestra merced. De Sanlúcar, 16 Febrero 88. El Duque de Medina-Sidonia.—A D. Juan de Idiáquez, Comendador de Monreal, de los Consejos de Estado y Guerra del Rey Nuestro Señor.—En su mano.»

No es justo, leído esto, achacar al Duque de Medina-Sidonia las culpas mayores de la gran pérdida que se sufrió. Cobarde, torpe y codicioso, el Duque se mostraba tal cual era. La parte que á los hombres pertenecía en el desastre debe ser imputada principalmente á la tenacidad de Felipe II, quien había llegado ya á esa situación de espíritu en que el grande hombre voluntarioso y caprichudo quiere imponerse á la realidad y hacer triunfar sus veleidades propias á todo evento. Desde entonces marchó España cuesta abajo, tropezando y cayendo.

El 25 de Abril se entregó el estandarte real al Duque de Medina-Sidonia. El 14 de Mayo avisó este que la escuadra estaba á punto, pero que el tiempo era malo. «En el convento de San Benito—añadía—que es de Loyos, pasado Xobregar, está un santo fraire que se llama Antonio de la Concepción. Con este he tratado estos días los ratos que he podido y está muy asegurado de que Nuestro Señor ha de dar gran victoria á V. M. Díjome escribiese á V. M. esto y que le suplicaba no tomase esta empresa por venganza de las ofensas que á V. M. le han hecho los infieles ni por extender V. M. sus reinos, sino solamente por la gloria y honra de Nuestro Señor y por reducir á su Iglesia estos herejes que han salido del gremio de ella.»

Por la gloria y honra de Nuestro Señor, salieron de Lisboa 130 navíos con 57.868 toneladas y 2.431 piezas de artillería. En ellos iban 19.295 hombres de guerra, 8.050 de mar y 2.088 de remo. Acompañaban al Duque de Medina-Sidonia é iban junto á él el Príncipe de Asculi, el Conde de Gelves, D. Bernardino de Velasco, los Zúñigas y otros muchos nobilísimos caballeros. Como aventureros iban en la Armada los hijos y hermanos de los más grandes señores de España, el mayorazgo del Conde de Aytona, D. Bernardo de Velasco, hermano del Condestable de Castilla, los hijos del Marqués de Aguilafuente, del Mariscal Noves, del Conde de Medellín, del de Orgaz, del de Lemos, D. Pedro Portocarrero, que había tenido que ver con las Cervantas, y D. Tomás Perrenot de Granvela, quien quitó á Lope de Vega lo que él más estimaba, el amor de Elena Osorio ó Filis. *Entretenidos* no tan nobles como estos, iban 228 con 163 criados. En fin, para cuidar las almas de los que en la empresa pudiesen, llevaba el Duque de Medina 180 frailes de diferentes colores y para curar sus cuerpos solamente *cinco médicos y cinco cirujanos*.

Quería el Rey prevenirlo todo y hasta dió á Medina-Sidonia una instrucción secreta con las condiciones de la paz, caso de victoria. «Que se permita en Inglaterra libre uso y ejercicio de nuestra fe católica», era lo principal que se exigía. «La primera (condición)—decía el Rey—es la que sobre todo pretendo... en ella se ha de hacer la mayor fuerza.»

Ved aquí esta escuadra compuesta de naves pesadísimas, tripulada por nobles y devotos caballeros que van á servir á un ideal, dirigida por un alanceador de toros, asistida por ciento treinta frailes y cuyo único ó primario fin es un triunfo puramente espiritual y religioso... ¿Qué había de suceder? ¿Ha habido otra nación sino España que en los tiempos modernos arme navíos y provoque guerras por fines semejantes y en tan disparatadas condiciones? El hidalgo manchego, con su rota celada y su quebradizo lanzón, osaba combatir á los molinos de viento, provocar á los leones.

A las primeras noticias que hacia fines de Julio ó principios de Agosto se recibieron, y en las cuales se decía que la Armada encontró á los buques ingleses cerca de Plymouth y el Duque no osó atacarlos y tuvo que desbandarse, refugiándose al cabo en Calais, Miguel compuso la primera de sus dos interesantísimas *Canciones á la Armada Invencible*. Tituló esta *Canción nacida de las varias nuevas que an venido de la cathólica Armada que fué sobre Inglaterra*, y en ella pintó el estado de su alma, que era el de la nación. No es tan conocida que no merezcan ser copiadas sus estrofas principales.

Vate, fama veloz, las prestas alas:  
rompe del Norte las cerradas nieblas;  
aligera los pies, llega y destruye  
el confuso rumor de nuevas malas,  
y con tu luz desparce las tinieblas  
del crédito español que de tí huye;  
esta preñez concluye  
en un parto dichoso que nos muestre  
un fin alegre de la illustre empresa  
cuyo fin nos suspende, alibia y pessa,  
ya en contienda naual, ya en la terrestre,  
hasta que con tus ojos y tus lenguas  
diziendo ajenas menguas  
de los hijos de España el valor cantes  
con que admires al cielo, al suelo espantes.....

Dí, que al fin lo dirás, allí volaron  
por el ayre los cuerpos impelidos  
de las fogosas máchinas de guerra;

aquí las aguas su color cambiaron  
y la sangre de pechos atreuidos  
humedezieron la contraria tierra;  
cómo huye ó se afierra  
este y aquel navío; en cuántos modos  
se aparecen las sombras de la muerte;  
cómo juega fortuna con la suerte  
no mostrándose igual ni firme á todos,  
hasta que por mill varios embarazos  
los españoles brazos,  
rompiendo por el ayre, tierra y fuego,  
declararon por suyo el mortal juego.....

Despues desto dirás: en espaciassas  
concertadas hileras va marchando  
nuestro cristiano ejército inuencible  
las cruzadas banderas victoriosas  
al ayre con donaire tremolando,  
haciendo vista fiera y apacible;  
forma aquel son horrible  
que el cóncavo metal despide y forma,  
y aquel del atambor que engendra y cría  
en el cobarde pecho valentía  
y el temor natural trueca y reforma;  
haz los reflexos y vislumbres bellas  
que, qual claras estrellas,  
en las lúcidas armas el sol haze  
quando mirar este esquadron le plaze,

Esto dicho, rebuelbe presurosa,  
y en los oydos de los dos prudentes,  
famosos Generales, luego enuía  
una voz que les diga la gloriosa  
estirpe de sus claros ascendientes,  
cifra de más que humana valentía;  
al que las naues guía  
muéstrale sobre un muro un caballero  
más que de yerro de valor armado,  
y entre la turba mora un niño atado  
qual entre ambrientos lobos un cordero,  
y al segundo Abraham que dé la daga  
conque el bárbaro paga  
el sacrificio horrendo que en el suelo  
le dió fama ynmortal, gloria en el cielo.

Dirás al otro, que en sus venas tiene  
la sangre de Austria, que con esto sólo,  
le dirás cien mil hechos señalados,  
y en quanto el ancho mar cerca y contiene,  
y en lo que mira el uno y otro polo  
fueron por sus mayores acabados;  
estos así informados  
entra en el esquadron de nuestra gente  
y alla veras mirando á todas partes  
mill Cides, mill Roldanes y mill Martes,  
valiente aquel, aqueste mas valiente,  
á estos solo les dirás que miren  
para que luego aspiren  
á concluir la mas dudosa hazaña:  
hijos, mirad que es vuestra madre España...

No podía Miguel ni nadie contar con más méritos del Duque de Medina de Sidonia, sino los que suponía heredados de su noble ascendiente Guzmán el Bueno. Pero, de todos modos, en esta canción, donde ya hay un poco de fanfarronería y *españolada* quijotesca, se ve el primer paso hacia la total pérdida y degradación de nuestro carácter. Pónense en duda las malas nuevas, mas, por si resultasen confirmadas, se anticipa un grano de resignación. ¿Cuándo antes de esto se conoció en almas españolas resignación y conformidad?

La segunda *Canción de la pérdida de la Armada que fué á Inglaterra*, es el reflejo de lo que llamamos ahora *un estado de opinión*, cien veces repetido en otros desastres. Se echaba mano de todas las razones ó sombras de razones, pretextos y paliativos para justificar las derrotas. El vencedor es un pirata, el mar y el viento *han respondido al justo de su intento*, etc., etc. Las fanfarronadas é invocaciones teológicas se hinchan y abultan más y más:

Madre de los valientes de la guerra,  
archiuo de cathólicos soldados,  
crisol donde el amor de Dios se apura,  
tierra donde se vee que el Cielo entierra  
los que han de ser al Cielo trasladados  
por defensores de la fee más pura,

no te parezca acaso desventura  
¡o España, madre nuestra!  
ver que tus hijos buelben á tu seno  
dejando el mar de sus desgracias lleno,  
pues no los buelbe la contraria diestra,  
buébelos la vorrasca yncontrastable  
del viento, mar, y el Cielo que consiente  
que se alce un poco la enemiga frente  
odiosa al Cielo, al suelo detestable,  
porque entonces es cierta la cayda  
quando es sobervia y vana la subida.

Abre tus braços y recoge en ellos  
los que buelben confusos, no rendidos,  
pues no se escusa lo que el Cielo ordena  
ni puede en ningun tiempo los cauellos  
tener alguno con la mano asidos  
de la calva ocasion en suerte buena,  
ni es de acero o diamante la cadena  
con que se enlaça y tiene  
el buen suceso en los marciales cassos  
y los mas fuertes brios quedan lasos  
del que a los braços con el viento bien;  
y esta vuelta que vees desordenada  
sin duda entiendo que ha de ser la buelta  
del toro, para dar mortal rebuelta  
a la gente con cuerpos desalmada,  
que el Cielo aunque se tarda no es amigo  
de dejar las maldades sin castigo.

A tu león pisado le han la cola;  
las vedijas sacude, ya rrebuelbe  
a la justa vengança de su ofensa  
no solo suya, que si fuera sola  
quicá la perdonara; solo buelbe  
por la de Dios y en restaurarla piensa,  
único es su valor, su fuerza inmensa,  
claro su entendimiento,  
indignado con causa, y tal que a un pecho  
christiano, aunque de marmol fuese hecho  
mouiera a justo y vengativo intento,  
y más que el Gallo, el turco, el moro, mira  
con vista aguda y ánimos perplexos  
quales son los comienços y los dejos

y donde pone este leon la mira,  
 porque entonces su suerte está loçana  
 en cuanto tiene este leon quartana.

Ea, pues (o Phelipe), señor nuestro  
 segundo en nombre y hombre sin segundo  
 columna de la ffe segura y fuerte,  
 buelbe en suceso más felice y diestro  
 este designio que fabrica el mundo  
 que piensa manso y sin coraje verte  
 como si no vastasen a mouerte  
 tus puertos salteados  
 en las rremotas Indias apartadas  
 y en tus casas tus naues abrasadas  
 y en la ajena los templos profanados;  
 tus mares llenos de piratas fiçros,  
 por ellos tus armadas encogidas  
 y en ellos mill haciendas y mill vidas  
 sujetas á mill bárbaros aceros  
 cosas que cada qual por sí es posible  
 a haser que se intente aun lo imposible.

Pide, toma, Señor que todo aquello  
 que tus basallos tienen se te ofrece  
 con liueral y valerosa mano  
 a trueque que al Inglés pérfido cuello  
 pongas al justo yugo que merece  
 su injusto pecho y proceder insano;  
 no solo el oro que se adora en vano,  
 sino sus hijos caros  
 te darán, qual el suyo dio Don Diego  
 que en propia sangre y en ajeno fuego  
 acrisoló los hechós siempre raros  
 de la casa de Córdoua, que ha dado  
 catorce mayorazgos a las lanças  
 moriscas, y con firmes confianças  
 sus obras y su nombre an dilatado  
 por la espaciosa redondez del suelo,  
 que el que así muere viue y gana el cielo.....

A pesar de esto, triste, hondamente triste, se quedó Miguel cuando supo toda la enorme extensión de la catástrofe. Habían perecido miles y miles de soldados, unos en el combate, otros de

vergüenza y de pena, como el bravo capitán general de la Armada de Vizcaya Juan Martínez de Recalde, como el valiente general de las naves de Guipúzcoa, Miguel de Oquendo, como el esforzado Alonso de Leiva. El duque de Medina llegaba á Santander con los buques destrozados, destrozado él mismo, lleno de canas, entontecido é inconsciente. Al pasar por Valladolid y por Medina del Campo la indignada muchedumbre le perseguía silbándole y denostándole; los chiquillos le tiraban piedras y pelotas de barro. Solo el Rey tenía para el imbécil vencido, y para el vencimiento una frase de zarzuela, que los historiadores se obstinan en presentar como arranque poemático.

Las Iliadas que se soñaron trocábanse en Batracomiomaquias: el siempre vencedor Amadís en el casi siempre apaleado Don Quijote.

Miguel á ratos lloraba, á ratos reía, y cuando reía pensaba llorar, y cuando lloraba creía reir.